

quedar completamente satisfecho sobre tan curiosa como importante cuestion? Hecho está el trabajo, y un trabajo á la altura de su objeto, un trabajo verdaderamente largo, profundo, elevado, estenso, lleno, y al propio tiempo filosófico y liberal, en la buena acepcion de la palabra. Jaime Balme, en su escelente y bellísima obra: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea*, ha dispensado á cualquiera el escribir despues de él sobre esta materia. Preciso es leerlo, si se quiere pasar del estado de ciega preocupacion al estado de opinion ilustrada sobre la mas grande cuestion que pueda interesar á todo espíritu recto y de buena fe.

Esta bella obra, pues, viene á completar la nuestra, y no podemos menos que referirnos á ella. Lo que vamos á decir de nuestra cuenta no puede ni aun remotamente suplir su lectura: es una ligera tienda al pié de un grandioso monumento.

CAPITULO II

DEL PROTESTANTISMO CON RESPECTO A LA TOLERANCIA.

Atribúyese al Protestantismo la gloria de los tres elementos principales de la civilizacion moderna:

- La tolerancia,
- Las luces,
- Las costumbres.

Veamos primero en este capítulo lo que tiene de verdad esta opinion con respecto á la tolerancia.

Vamos á limitarnos á algunos hechos en grande.

La libertad de la conciencia delante de los poderes civiles de la tierra es uno de los bienes mas preciosos de la moderna civilizacion; y es, sobre todo, lo que halaga la opinion de los últimos tiempos, porque ha favorecido el abuso que de él se ha hecho contra la conciencia. Libertad de religion se ha hecho sinónimo de libertad de irreligion, y aun mas que esto, de libertad de ataque contra la religion. Todo el siglo décimooctavo ha sido una

guerra á muerte contra el Catolicismo, y de esterminio contra *el Infame*, nombre de la tolerancia y de la libertad; y esta táctica, que consiste en tomar el nombre de la cosa que se quiere destruir, para destruirla con mayor seguridad, no se ha limitado á la religion, como es notorio, sino que, despues de haber derribado el órden político, ha dirigido sus ataques contra el orden social.

Esta ha sido la táctica del error: bastante lo hemos manifestado y explicado en el capítulo del *Filosofismo y de la Revolución*.

Y esta ha sido mas particularmente la táctica del Protestantismo.

Y esta misma táctica le ha logrado tanto mayor éxito en la opinion en Francia, en cuanto él ha sido desde un principio combatido, rechazado, perseguido en este país, y que, en el deplorable exceso del sentimiento de una legítima defensa, la sociedad católica se ha enconado contra él hasta hacerse su verdugo para no ser su víctima.

Mas este es mas bien un infortunio que un mérito del Protestantismo; infortunio que él ha sagazmente explotado, y el Filosofismo lo ha explotado con él contra la Iglesia. Y de ella ha quedado en los ánimos la falsa preocupacion, de que el Protestantismo ha traído la libertad de la conciencia y del pensamiento, y que ha sido el mártir de ella.

No tengo necesidad de decir, despues de las brillantes páginas de Mr. Guizot en su *Historia de la Civilizacion en Europa*, que la libertad de la conciencia, la independencia del pensamiento en la lata y legitima acepcion de la palabra, no datan del Protestantismo; que este es un fruto primitivo é inherente al Catolicismo, el cual proviene de la distincion entre lo espiritual y lo temporal, de la actitud de la Iglesia delante de los poderes de la tierra, y de las luchas que no ha cesado de tener

con ellos para conservar la independencia de su autoridad (1).

El Protestantismo, destruyendo la autoridad de la Iglesia, ha destruido, pues, la autoridad de lo espiritual á presencia de lo temporal, es decir, del pensamiento y de la conciencia delante de la fuerza y del poder humano. El ha borrado esta distincion capital, que es la palanca de la libertad. El ha abdicado esta libertad en las manos mismas del poder humano, contra el cual se conserva aquella en la Iglesia. El ha restablecido la antigua confusion entre la espada y el incensario, y resucitado los César-Pontífices.

Mas ha hecho: ha convertido la espada contra el incensario, y donde quiera ha podido hacerlo, se ha servido del poder de los príncipes contra la libertad de conciencia.

A la inversa del Cristianismo, que solo se ha establecido por el apostolado y el martirio, el Protestantismo se ha establecido por la violencia del brazo secular, y la opresion de la conciencia católica de los pueblos.

(1) Sosteniendo la independencia del mundo intelectual en general y en su conjunto, la Iglesia, dice el Mr. Guizot, ha preparado la independencia del mundo intelectual é individual, la independencia del pensamiento. Decia la Iglesia que el sistema de las creencias religiosas no podia caer bajo el yugo de la fuerza; cada individuo se ha visto naturalmente conducido á usar del mismo lenguaje de la Iglesia. El principio del libre exámen, de la libertad del pensamiento individual, es exactamente el mismo que el de la independencia de la autoridad espiritual general con respeto al poder temporal.— La separacion de lo espiritual y de lo temporal ha sido, pues, el origen de la libertad de conciencia la mas rigurosa y la mas estensa. El grande principio de esta libertad, por la cual la Europa tanto ha combatido, tanto ha sufrido, que tan tarde ha podido prevalecer, y á menudo á disgusto del clero, este principio estaba en germen, bajo el nombre de separacion de lo espiritual y de lo temporal, en la cuna de la civilizacion europea; y la Iglesia cristiana es la que, por una necesidad de su situacion, lo ha introducido y conservado en ella. (*Historia de la Civilizacion en Europa*, lec. 5 y 6).

Los hechos en esta parte son tan patentes, que no tenemos necesidad de ir á buscar su testimonio en otras fuentes que en las del propio Protestantismo.

“Es incontestable,—dice Jurieu,—que la Reforma se ha obrado por el poder de los príncipes: así en Ginebra fué el senado; en otras partes de Suiza, el gran consejo de cada canton; en Holanda fueron los estados generales; en Dinamarca, en Suecia, en Inglaterra, en Escocia, los reyes y los parlamentos. Los poderes del Estado no se contentaron con asegurar plena libertad á los partidarios de la Reforma, sino que llegaron hasta quitar á los Papistas sus iglesias, y á prohibirles todo ejercicio público de su religion. Aun mucho mas; el senado prohibió en ciertas localidades “el ejercicio secreto del culto católico.” (Jurieu, citado por Alzog, *Hist. de la Iglesia*, tomo IV, pág. 76).

El historiador protestante Menzel, despues de haber referido las brutales violencias por las cuales el Luteranismo señaló su aparicion en la Silesia, añade: “No tardó en triunfar en toda la provincia, y con él un estremo rigor con respecto á los Católicos: porque donde reinaba el Protestantismo, reinaba la intolerancia; mientras que en los Estados hereditarios del Emperador, en Austria, en Bohemia, en las regiones comarcanas, los Protestantes gozaban de los derechos civiles y eclesiásticos, y hasta habian llegado en una parte considerable de la Silesia á reinar solos.” (Menzel, *Nueva Historia de los Alem.* tomo V, pág. 244).

¡Qué idea de intolerancia y de caprichosa crueldad no despierta el solo nombre de Enrique VIII, de ese fundador del Protestantismo anglicano, que hubiera merecido figurar en la lista de los emperadores romanos entre Tiberio y Calígula, y que introdujo por este medio la Reforma en Inglaterra!—“Yo quisiera borrar de nuestros anales, si fuese posible, dice un escritor ingles pro-

“testante, cada rastro de la larga serie de iniquidades que acompañaron la Reforma en Inglaterra. La injusticia y la opresion, la rapiña, el asesinato y el sacrilegio quedan en ella consignados. Tales fueron los medios por los cuales el tirano sanguinario é inexorable, el fundador de nuestra creencia, instaló su supremacía en su nueva iglesia; y todos cuantos quisieron conservar la religion de sus padres, y mantenerse adictos á la autoridad que él mismo les habia enseñado á respetar, fueron tratados como rebeldes, y no tardaron en ser sus víctimas.” (Fitz-William, *Cartas de Atico*, página 114).

Por el mismo medio Cristiano II, justamente llamado el Neron del Norte, Gustavo Wasa y Alberto de Prusia, introdujeron el Protestantismo en sus Estados.

Bajo un punto de vista mas general, importa observar que el Protestantismo hacia necesaria la opresion de los príncipes hácia los pueblos, desencadenando la licencia de los pueblos contra los príncipes, y recíprocamente. Destruyendo á la vez la autoridad y la libertad, agitaba á la vez con su soplo la licencia y la tiranía. Así fué el Protestantismo quien suscitó la *guerra de los Paisanos*, y él fué quien para reprimir aquella guerra impulsó despues á los príncipes á la mas inícuo y cruel arbitrariedad. Nada digo de Lutero, el cual, despues de haber exclamado lleno de júbilo: *Donde quiera se subleva el pueblo; por fin ha abierto los ojos: no puede ni quiere dejarse mas oprimir por la violencia*; no hablaba mas que de *matar aquellos perros rabiosos*; pero el suave Melancton, respondiendo al príncipe Luis, margrave palatino del Rhin, que deseando ahorrar la sangre del pueblo y restablecer el orden, se aconsejaba con los teólogos, decia en su *Tratado contra los doce artículos de los Paisanos*: “Que un pueblo tan grosero y tan ignorante como el pueblo aleman debería tener mucha menos

“ libertad aun de la que se le concede. Lo que hace la
 “ autoridad, añade, para combatir las reclamaciones de
 “ los Paisanos, lo hace bien; si por consiguiente impone
 “ tributos sobre los bosques y los bienes comunales, na-
 “ die puede oponerse á ello; si toma el diezmo de las
 “ iglesias y lo aplica á otras, menester es que los alema-
 “ nes lo aprueben y se acomoden á estas providencias,
 “ al modo que los judíos debieron dejar que los roma-
 “ nos se apoderasen de las riquezas del templo.” “ Así,
 “ dice el historiador protestante Bensen, mientras que la
 “ Iglesia católica jamas autorizó, á lo menos en teoría,
 “ la opresion por la parte de los sacerdotes y de los prín-
 “ cipes, y que defendió siempre con vigor, y mas veces
 “ aun con victoria, los derechos de los individuos y de
 “ los pueblos, hasta contra los emperadores; los reforma-
 “ dores evangélicos merecen que se les eche en cara
 “ con razon el haber predicado y enseñado los primeros,
 “ entre los germanos, la doctrina de la servidumbre y
 “ del derecho del mas fuerte.” (Bensen, *Hist. de la guer-
 ra de los Paisanos*, § 19, l. c.).

Las poblaciones católicas no en todas partes se de-
 jaron poner el yugo de la intolerancia; y la resistencia
 que opusieron, la lucha que sostuvieron para conservar
 la libertad de su fe, fué la causa de las guerras de reli-
 gion, en especial de la célebre guerra de los Treinta
 años en Alemania, que fué la guerra de la libertad de
 conciencia contra la espoliacion de todos los bienes y de
 todos los derechos.

En Francia y en España el Protestantismo ha tenido
 que ceder en esta lucha, y desde entonces ha guardado
 la actitud de víctima, que, merced á las connivencias
 filosóficas de la historia, y al artificio con que se han
 sabido combinar los hechos, exagerarlos ó disimularlos
 ha servido de testo á todos los falsos juicios que se han
 pronunciado contra la Iglesia de cien años á esta parte

y de los cuales es tiempo ya de apelar por ante la im-
 parcialidad de nuestra época.

Para huir de todo cuanto pudiera oler á recriminacion,
 tanto como para quitar toda materia discutible, vamos
 á abstenernos de entrar en el exámen minucioso de los
 hechos: los supondremos desde luego exactos en su con-
 junto, y para destruir las consecuencias que de ellos se
 sacan contra el Catolicismo, y restablecer la verdad en
 su lugar, vamos á concretarnos á algunos datos y á una
 sola reflexion general.

Las cifras no pueden ser en parte verdaderas y en
 parte falsas, como un relato, como un cuadro de hechos:
 son ó verdaderas ó falsas; y cuando estas cifras son da-
 tos sacados de la historia general, es tan imposible alte-
 rarlas como contestarlas.

Las primeras represiones ejercidas contra el Protes-
 tantismo en Francia datan de 1535: en 29 de enero de
 aquel año tuvo lugar el primer suplicio aplicado á los
 Protestantes. Esta represion violenta fué suspendida
 despues durante once y catorce años, y hasta 1546 y
 1549 no volvieron á encenderse las hogueras!

Mas lo que se ignora, lo que nadie ha hecho observar,
 y lo que sin embargo tiene en la cuestion un peso con-
 siderable, es, que en 1535, cuando se preludiva sola-
 mente la represion del Protestantismo en Francia, el
 Protestantismo habia ya derribado al Catolicismo, y
 ejercido sobre él todos los géneros de intolerancia, de
 violencia, de despojo y de proscripcion en casi todos los
 Estados de la Europa, y esto desde cinco, diez y quince
 años.

Así desde 1520 la Dinamarca, la Noruega y la Islan-
 dia fueron entregadas al Protestantismo, al Luteranismo
 por el feroz Cristierno II, que volvia cubierto de la san-
 gre que habia derramado en los horribles degüellos de
 Stockolmo, y que recurria á la persona de Martin, discí-

pulo de Lutero, para cimentar su despotismo sobre las ruinas de las libertades públicas, representadas y defendidas principalmente por el clero católico. Los Estados, el clero, el pueblo, protestaron. Cristierno sofocó sus reclamaciones por toda suerte de violencias; hizo cortar la cabeza al arzobispo nombrado de Lund, y no permitió poseer bienes sino á los sacerdotes casados.

Desde 1527 Gustavo Wasa cometió el mismo crimen en la Suecia, por el mismo motivo y por los propios medios. Queriendo hacer de la monarquía hasta entonces electiva una monarquía, o mas bien una tiranía hereditaria, llamó á su ayuda la doctrina luterana contra el episcopado, la nobleza y el pueblo, cuya resistencia venció con la violencia, y con la cooperacion principalmente de los hermanos Olaf y de Lorenzo Peterson, los dos formados en la escuela protestante de Wittemberg, y regresados á Suecia desde 1519. Apoyándose en la doctrina espuesta por Lutero en su tratado: *Del despojo de los bienes eclesiásticos*, forzó los conventos, sin miramiento por la edad, ni por la santidad, ni por el sexo; cargó á las religiosas de Wadstena de malos tratamientos y de ultrajes, é hizo perecer en los suplicios mas crueles y mas ignominiosos á Magnus Knut, obispo electo de Upsal, y Pedro Jacobson, obispo de Westeræs, para hacerles espíar el amor y la veneracion que les tenia el pueblo.

En 1524 la Silesia fué entregada á merced del Luteranismo por su duque Federico II; los religiosos fueron espulsados del país; los Protestantes ejercieron las mas brutales violencias contra los Católicos y sus iglesias; y muy pronto, dice el historiador protestante Menzel, triunfó el Luteranismo en toda la provincia, y con él un estremado rigor con respecto á los Católicos.

En 1526 el príncipe Alberto, para hacer tiránica su autoridad, desprendiéndola de todo contrapeso religioso,

y enriquecerse con los despojos de la Iglesia, forzó igualmente los súbditos de sus Estados á abandonar el Catolicismo que los habia en otro tiempo arrancado á la ignorancia y á la barbarie, y ponía en ejecucion por la violencia aquel principio subversivo de toda libertad de conciencia: *Cujus regio illius religio*.

En 1527 el Protestantismo hacia su irrupcion en Basilea, siguiendo las huellas de Ecolampadio. Desencadenando allí la licencia, como desencadenaba en otras partes el despotismo, y haciéndose de él una arma para oprimir las conciencias, devastaba las iglesias, destruía los altares, quemaba los ornamentos, y forzaba al indignado Erasmo á huir ante aquella manera salvaje de reformar. Todas las ciudades de la Suiza, vieron á corta diferencia renovar las mismas escenas, singularmente Mulhouse, en 1524; Schaffouse, en 1525; Appenzel, en 1524.

En 1533 y 1535 la libertad de conciencia era pisoteada en Inglaterra por Enrique VIII, y la Reforma tomaba posesion de la *Isla de los Santos* por el pillaje y la destruccion de los conventos y de los templos, la profanacion de los sepulcros, y los suplicios de los Católicos.

En fin, al propio tiempo que la Reforma consagraba en Inglaterra el mas estravagante y el mas brutal despotismo de que haya hecho mencion la historia moderna, levantaba y desencadenaba las pasiones populares sobre la Alemania, y embriagaba las masas anabaptistas de los mas fanáticos y mas salvajes furores.

Ved ahí hechos, ved ahí datos que pertenecen á la historia general, y que es absolutamente imposible contradecir; hechos y datos anteriores á la aparicion del Protestantismo en Francia.

Y sobre esto se me permitirá una reflexion.

Donde quiera que el Protestantismo habia podido to-

mar la ventaja, es decir, en la grande mitad de la Europa, se habia, pues, mostrado tiránico, nivelador, intolerante de toda libertad católica, pues era la destruccion misma del Catolicismo. Y como todas las relaciones políticas y sociales se habian formado y desenvuelto sobre el Catolicismo, el Protestantismo introducía una profunda perturbacion en todas éstas relaciones, y trastornaba enteramente la condicion de los Estados y de las sociedades. Sublevando los pueblos contra los soberanos, ó consagrando el despotismo de los soberanos hácia los pueblos, sustituía en todas partes al principio de templada autoridad sobre el cual reposaba el mundo cristiano, un principio violento, intolerante, de licencia ó de tiranía, que lo desnaturalizaba todo; lo que hacia decir con mucha razon á Francisco I, que se opuso á él por este motivo: "Que aquella novedad tendia enteramente á la destruccion de la monarquía divina y humana (1)." El Protestantismo, en una palabra, se presentaba á los ojos de los Estados que de él se habian preservado, no

(1) Un apologista declarado de la Reforma, Cárlos Villers, al citar este dicho de Francisco I, no pudo menos que dejar se le escapase esta observacion, que la Revolucion francesa ha sido un corolario muy remoto de la Reforma. "Hállase, añade, entre algunas de las sectas exageradas que nacieron de la Reforma, tales como la de los Anabaptistas en su principio, las mismas pretensiones á la libertad y á la igualdad absoluta, que causaron todos los escesos de los Jacobinos de Francia. La ley agraria, el despojo de los ricos formaban ya parte de su programa, y en sus banderas hubiera ya podido ponerse esta inscripcion: ¡Guerra á los castillos, paz á las chozas!" (*Ensayo sobre el espíritu y la influencia de la reforma de Lutero*, 3.^a edicion, pág. 117).—Verdad es que por otra parte el Protestantismo favorecia el despotismo de un Enrique VIII, de un Cristiern y de un Wasa; pero en esto no destruía menos la autoridad que desencadenando los Anabaptistas y los Independientes. El despotismo y la anarquía no son contrarios: se engendran recíprocamente, ó mas bien es la cosa de rechazo, siendo la anarquía el despotismo de á bajo arriba, como el despotismo es la anarquía de arriba á bajo, y los dos son el desórden.

solamente como una simple religion que venia á pedir su parte de libertad, sino como un torrente revolucionario, político y social, no menos que religioso, como un huracan que todo lo tronchaba en su tránsito, que habia ya desquiciado la Europa á su alrededor, que amenazaba tragárselos tambien á ellos, y del cual por consiguiente era preciso defenderse á toda costa, como defendiéndose cada cual su vida, sus hogares, sus altares; avisados como estaban, repito, por el espectáculo de las revoluciones que el Protestantismo acababa de hacer, y hacia donde quiera tenia la ventaja, de ser aquella la suerte inevitable que aguardaba á los Estados que habian escapado de su invasion, si no le contenian en su cuna.

Este punto de vista es capital, y decisivo para formar el juicio sobre todo lo demas.

Los Estados, las naciones que componian la Catolicidad europea, eran cada cual responsables de su propia conservacion. Lo que contra los unos se habia comenzado, se emprendia al momento contra los otros, como si la Europa no hubiese sido sino un solo Estado grande, y cada reino una de sus provincias. En este único Estado, pues, de la Catolicidad, en esta verdadera República federativa cristiana, el Protestantismo—y nótese bien esta advertencia,—no empezó por ser perseguido, sino por ser perseguidor, intolerante, tiránico y proscritor. En esta parte no hay medio para suscitar la menor sombra de duda. Prescindo de los hechos particulares, y solo me atengo al hecho general; y no hablo de lo que al Protestantismo ha hecho despues, sino de lo que habia hecho antes de ser detenido en Francia. Ya, como hemos visto, en Dinamarca, en Noruega, en Irlanda, en Suecia, en Prusia, en Silesia, en Suiza, en Inglaterra, en Alemania, habia derribado el Catolicismo, despojado los conventos, devastado y echado por tierra las iglesias, prohibido todo culto público, y muchas veces secreto, á

los Católicos, y enrojecido con sangre de éstos los caldalsos. Ya las hordas salvajes y verdaderamente socialistas de los Paisanos y de los Anabaptistas habian paseado y paseaban aun en triunfo el degüello, la violacion y el incendio en toda la Alemania. Con estos precedentes de profanacion, de desquiciamiento, de revolucion, de destruccion, al estrépito general del derribo de todas las instituciones católicas, políticas y sociales, y llevando en alguna manera en sus manos el martillo de demolicion y el nivel de la intolerancia, presentose el Protestantismo á dos naciones tan profunda como soberbiamente católicas y monárquicas, tales como la Francia y la España, y vino á *protestar* violenta y sediciosamente contra sus costumbres y contra su fe; débil, verdad es, en su principio, si se le considera al entrar en estos Estados, pero colosal y formidable, si se le considera en su poder exterior, en el cual se apoyaba, y de quien recibia socorros; señalándose en su misma debilidad, cuanto podia, por los mismos actos de intolerancia y de agresion que ejercia en grande donde quiera se le habia permitido pasar; (1) y en las provincias de que se apoderaba, como en Nimes, Montauban, Alais, la Rochelle y otras, cometiendo ya aquel propio vandalismo, aquella misma persecucion, aquel mismo derribo del Catolicismo por los que se habia hecho imponente en Suecia, en Dinamarca y en Inglaterra.

Esta reflexion se encuentra plenamente confirmada por lo que dice un historiador contemporáneo, cuyo tes-

(1) El primer acto del Protestantismo en Francia fué el diseminar y el fijar en todas las esquinas pasquines sediciosos y blasfemos contra los mas sagrados misterios del Catolicismo, llegando su audacia, y esto es lo que mas irritó á Francisco I, hasta fijar uno de estos carteles sobre la puerta de la cámara del Rey. Todos los historiadores, aun los protestantes, y singularmente Teodoro de Beza, refieren este hecho, dándole la calificacion y la importancia que se merece.

timonio invocan los mismos Protestantes, y que esplica de esta manera las causas de la conjuracion de Amboise, por donde se introdujeron en Francia: —“Los Protestantes de Francia, dice Miguel de Castelnau, proponiéndose por modelo la historia de sus vecinos, á saber, de los reinos de Inglaterra, de Dinamarca, de Escocia, de Suecia, de Bohemia, etc, en donde los Protestantes *tienen el poder soberano, y han quitado la misa*; á imitacion de los Protestantes del Imperio, *se querian hacer los mas fuertes, para tener llena libertad de su religion, como asimismo esperaban y recibian sus socorros y apoyos de aquel lado, diciendo que la causa era comun é inseparable. Los jefes del partido del rey no ignoraban las guerras sobrevenidas por el hecho de la religion en los puntos sobrecitados; pero los pueblos, ignorantes por la mayor parte, nada sabian; y muchos no podian creer que hubiese tanta multitud de ellos en Francia, como se descubrió despues; ni que los Protestantes osasen ó pudiesen hacer frente al rey, y reunir un ejército, y recibir auxilios de Alemania, como realmente consiguieron. Así que, no se reunian solamente para el ejercicio de su religion, sino tambien para los negocios del Estado, y para probar todos los medios de defenderse y de acometer, de suministrar dinero á su gente, y hacer empresas sobre las ciudades y fortalezas para tener algunos puntos de retirada. Despues de haber hecho leva, pues, del número de sus adictos por toda la Francia, y conocido sus fuerzas y sus alistados, concluyeron que era indispensable deshacerse del cardenal de Lorena y del duque de Guisa, y por via judicial, si era posible, para que no se les tuviera por asesinos,” (Castelnau, lib. I, cap. VII). (1)*

(1) Nos abstendremos de recordar de qué manera se deshicieron del duque de Guisa. Los Protestantes, á quienes pretendemos tan solo

Así es como con la resolución y con el empeño de hacerse á toda costa los mas fuertes, á imitación y con los auxilios de los Protestantes del Imperio, de apoderarse de la soberanía y de quitar la misa. esto es, de proscribir el Catolicismo, y de estender á los Gobiernos que habian quedado católicos la revolucion religiosa y política que habian ya verificado, como vimos, en Inglaterra, en Dinamarca, en Escocia, en Suecia, en Bohemia, etc., se presentaron y se declararon los Protestantes en los Gobiernos católicos, y particularmente en Francia.

Bajo este punto de vista,—que es el verdadero,—¿quién se atreverá á vituperar en estos Gobiernos el haber defendido su existencia conteniendo al Protestantismo en su principio, ó no tolerarlo sino con restricciones que moderasen su violencia? Y cuando por el abusó de esta tolerancia el Protestantismo, despues de haber consumado este trastorno en muchas provincias, ha estado mas de veinte veces en visperas de obtenerlo completamente por medio de la guerra civil, y subyugar la Francia entera, ¿quién admirará que la Francia, exasperada y fuera de sí, haya acabado por ahogarlo y rechazarlo en las convulsiones de su peligro y de su defensa?

¡Lejos, en verdad, muy lejos de nuestro pensamiento el querer justificar ni aun excusar los crímenes particulares y políticos que han manchado esta grande causal! El Catolicismo, que nunca los ha inspirado, no cesará de lamentarlos. Pero el Protestantismo, que se habia inaugurado por estos crímenes, en el seno de la paz reli-

ilustrar, pueden leer la relacion de este hecho y de sus circunstancias, mas graves aun que el hecho mismo, en la apología que de él ha dejado uno de sus mas ilustres jefes, Teodoro de Beza, el cual no ha vacilado en hacerse su panegirista, despues de haber sido su instigador (Véase su *Apología para la reforma*, lib. VI, páginas 267, 268, 269, 290 y 299).

giosa de la Europa; el Protestantismo, que los ha provocado por tantos atentados, de los cuales él es el primero que se ha hecho culpable; el Protestantismo, que voluntariamente se puso á la cabeza de esta violenta conjuración contra el Catolicismo, ¿tendrá derecho de levantar el grito contra la intolerancia, y de presentarse como víctima? . . .

Bossuet, con aquella riqueza de concision que caracteriza su pluma, ha trazado en diez líneas toda la historia de aquellos tiempos desgraciados. “Harto sabido es, dice, que la violencia del partido reformado, contenida bajo los reinados fuertes de Francisco I y de Enrique II, no dejó de estallar en la debilidad de los de Francisco II y de Carlos IX. Sabido es, repito, que el partido, no bien sintió sus fuerzas, cuando meditó nada menos que participar de la autoridad, apoderarse de la persona de los reyes, y dar la ley á los Católicos. Encendióse la guerra en todas las ciudades y en todas las provincias: los extranjeros fueron llamados de todas partes al seno de la Francia como á un país de conquista, y á este reino floreciente, honor de la Cristiandad, se le puso al borde de su ruina, sin casi nunca cesar de hacer la guerra, hasta que el partido, despojado de sus plazas fuertes, se halló en la imposibilidad de sostenerla.” [*Quinto aviso á los Protestantes*.]

Háganse cuantos esfuerzos se quieran, téngase el deplorable gusto de hacer resaltar los excesos de los Católicos para encubrir los de los Protestantes; este es el fondo, este es el hecho general, esta es la historia.

“Tan enormes excesos, y no hay que disimularlo, dice Anquetil con todos los historiadores, vinieron de que los Calvinistas no respetaron lo bastante, en sus principios, las reliquias, las imágenes, y los demas objetos de veneración de los Católicos. El príncipe de Condé, retirado á Orleans, se halló sin recursos. Des-